

¿Reducir gastos en año electoral?



Juan José Orrego
juanorrego09@gmail.com

El gobierno en su plan de austeridad, con el retiro de la reforma tributaria y la situación tan delicada de orden público, obliga más al estricto control de gastos en institutos, gobernaciones y alcaldías. Ante la crisis fiscal es valioso conocer, para frenar de una vez, qué gastos están en el plan, pues los de uso normal solo habría que limitarlos o cancelarlos o que los empleados los asuman, como la compra de café, celulares, combustible etc. Existen otros -que ojalá los incluyeran- y varios que son, en gran parte, los culpables del daño y el hueco fiscal del país que, además, por ligerezas jurídicas, pactos políticos no evaluados ni planeados, dejaron costos billonarios intocables que requiere el país ajustar y frenar.

Reducir gastos cuando el país se ha distinguido por conservar privilegios a las élites sociales en embajadas y consulados, un país con ventanas abiertas sin control para jugar con los dineros públicos haciendo política, dando primas extras a gobernaciones, alcaldías y otro tipo de funcionarios. No será fácil acabar con esos vicios de años, y en elecciones menos, de lograrlo, felicitaciones. Si no se logra nada, seguimos igual: jugar con promesas, hablar duro, gritos pasajeros que se vuelven mentiras o penicilina para calmar el dolor por un momento para luego volver a lo mismo o peor. Está claro que a muchos les resulta más fácil jugar y politiquiar con dineros públicos, que perder los beneficios personales. Mientras no se corrija esto, los vivos que viven del erario seguirán abusando con los dineros y dejando el país como está hoy.

La crisis fiscal es fruto de varias razones, dentro de ellas esa mano abierta en sectores que obliga subsidiar regímenes especiales, con ricos privilegios, además intocables como ocurre en la presidencia, con empleados públicos, en el Congreso, con la justicia, Ecopetrol, militares, educación y otros que ante tanto derroche provocan una gran pregunta: ¿acaso desean más y es obligación tener que pagar más plata para sostener a unos?

Una economía quieta, con caída en ingresos, desempleo a marzo en 14,2%, un nivel de pobreza en 42,5% compromisos constitucionales claros, los giros por el Sistema General de Participaciones, SGP, las vigencias futuras planeadas y una inflexibilidad del gasto del 80% que hace más difícil cumplir el plan de reducción de gastos.

Entonces, ¿dónde iniciará el verdadero plan de reducción de gastos? Lo ético es iniciar tocando beneficios extras enormes e injustos, que les dan a los empleados públicos, al presidente de Colombia, a ministros, etc., equivalente a 4 veces el salario mensual; en embajadas y consulados, a gobernadores y alcaldes les dan de 4 a 8 salarios al año de acuerdo con su categoría. Increíble, vale más para ellos guardar silencio, para no perder nada de las primas extras que recibirán, diferentes a los pagos de ley. Que ética e insensibilidad tan linda la de estos funcionarios en medio de la crisis. ¿Cómo callan?

En crisis, con bloqueos, sin parar privilegios, el país caerá mucho más.

El gobierno, responsable



Óscar Iglesias Alvis
oiglesias@uniquindio.edu.co

Contra la lógica de las distintas corrientes ideológicas, desde la perspectiva de la sicología social y la sicología del mal, las 47 muertes, los cientos de heridos, las agresiones sexuales y los desaparecidos, son responsabilidad directa del gobierno; independientemente de quien haya oprimido el gatillo, lanzado la granada, golpeado con contundencia o con cualquier otro dispositivo accionado oficialmente o por fuera de la institucionalidad, porque son acciones que están dentro de lo que se denomina el poder situacional.

“Las fuerzas situacionales moldean de formas inesperadas” tanto a quienes integran el cuerpo policial y militar, como a los civiles. De hecho, todos inmersos en la jerarquía que determina la “obediencia administrativa a la autoridad”. Autoridad que ejer-

ce su poder mediante formas y estrategias propias de su rol como gobierno.

¿Pero, cómo es que gente del común, solo diferenciada por la apariencia externa, llega a actuar con la letalidad, como la evidenciada en 2019 y ahora en 2021, contra quienes podrían ser sus propios familiares, vecinos o amigos? Sencillo, actúan bajo la autoridad del jefe supremo a la que sirve la fuerza pública, con el amparo que brinda el anonimato de uniformes, cascos y particularidades de la vestimenta. Esos elementos dan licencia para “actuar de una manera que normalmente está prohibida”. Las protestas, movilizaciones y marchas las configura el poder como guerra, lo que constituye el permiso institucional para matar o malherir a los adversarios transformados en enemigos -manifestantes- que

se expresan y protestan contra la injusticia, la desigualdad, la desesperanza y la incertidumbre que por décadas padecen, con una clara tendencia a agravarse.

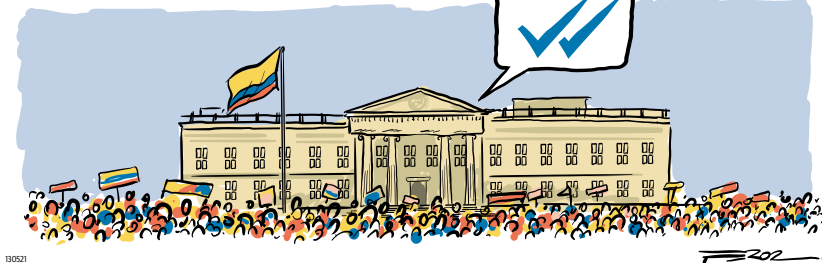
Lo peligroso no es solo la anuencia gubernamental para que sus fuerzas se comporten brutalmente como abanderados de la “obligación” de “preservar el orden público”; es también muy peligrosa la persuasión y el refuerzo proveniente de lo trinos, declaraciones y opiniones de un expresidente que se atribuye a sí mismo -con la venia, exaltación y ovación de adalides feudales que lo veneran y aún, consideran presidente- la autoridad para “sugerir” el uso de las armas con para imponer la ley y el orden, y en esa lógica, otros se sienten facultados para usar sus propios arsenales.

Todo, en suma, transforma las voces del inconformismo y la protesta en un enemigo a liquidar: la calificación de vándalo, terrorista o desadaptado, lo despersonaliza y convierte en objetivo a liquidar; así se completa la fórmula requeri-

da para proceder a la extinción de la amenaza. Bajo esos preceptos procede la deshumanización y desindividuación del contrincante que lleva a la desconexión moral para proceder con la letalidad que inspira un enemigo creado por el statu quo.

Así pues, sobre el gobierno pesa toda la responsabilidad de las muertes y las violencias contra las personas que, en el marco de las protestas y manifestaciones, se producen. Porque es al gobierno a quien corresponde garantizar la protesta y proteger la integridad, dignidad y derechos humanos de los ciudadanos bajo cualquier circunstancia. Por eso y mucho más, todo el desastre de estas jornadas son responsabilidad del gobierno, más aún, cuando es quien tiene el monopolio de las armas y los recursos para rodearse de asesores, consejeros y responsables políticos con la sapiencia y la experiencia necesaria para saber, comprender, prever y anticipar el comportamiento humano bajo cualquier circunstancia.

FEROZIDADES: País en visto



Un cuerpo frágil que resiste



Nathalia Baena Giraldo
nbaenag@gmail.com

Como tambores tintinean en mi cabeza las sabias palabras de mi madre: hija, el cuerpo todo lo somatiza. Todo. Me lo ha dicho muchas veces, pocas le he prestado atención. Lo pienso ahora, mientras me hundo en mi silla de plástico en el estudio que me hace parecer fuerte. La luz tenue no me ilumina ni me calienta, tan solo me permite ver mis manos en el teclado. Las mismas manos, los mismos dedos frágiles con los que todos estos días he protestado sin alivio, sin tregua.

El estrés nos provoca el temido dolor de cabeza; el encierro y la

ansiedad nos conducen al abismo del agotamiento físico, de la falta de apetito que nos hace flaquear; el miedo al futuro, esa incertidumbre, nos produce insomnio, cansancio, malestar, debilidad. Sin ser su culpa, termina siendo el cuerpo quien paga por nuestros pensamientos. La mente, dice mi terapeuta, es una cosa tan sencilla, simple, básica y, sin embargo, nos empeñamos en complicarla a diario.

Pareciese como si buscáramos, con intención y conscientes, esa descarga rutinaria hacia el cuerpo. Lo hacemos de la misma manera en que el poeta Rafael Cadenas lo manifiesta: «Por

la mañana / leemos anestesiados / las noticias / de la guerra (cualquier guerra), / un titular / bien merece algunos combates; / cada bando / desea demostrar que Dios / está de su parte / con el argumento definitivo; / nuestros ojos recorren / las páginas / -buscamos más confirmaciones / de nuestra derrota / y el periódico trae lo que esperamos encontrar».

El masoquismo nos acecha. Perdemos algo y nos empeñamos en preguntarnos por qué lo hicimos. Cometemos un error en el trabajo y nos condenamos más que nuestro propio jefe. Mentimos, y justificamos la consecuencia de la mentira hasta que terminamos creyéndola. Destendemos la cama, nos acostamos y lo último que ven nuestros ojos son masacres, videos tortuosos, noticias desalentadoras, realidades imposibles de ignorar y

al día siguiente nos preguntamos -con la cabeza nublada, aturrida- por qué las pesadillas, por qué la pesadez, por qué la vida misma. No hay nada que cuestionar: somos tan frágiles, tan angostos, que mostramos débiles se ha convertido en un pecado.

Tal vez por eso, después de años de estar enjaulados de poder, pisamos fuerte ante nuestras emociones. El cuerpo también protesta, y lo hace de muchas formas que posiblemente desconocemos. Los dedos se encogen, las manos se empuñan; los dientes se aprietan entre sí; el pecho tiembla, galopa; los párpados se cierran, se humedecen, se abren; de la tráquea salen palabras que generan eco, que viajan kilómetros, que duro golpean en otros oídos. La fragilidad y la fortaleza son lo mismo. No debemos negar el mal, ni desaparecer el bien: ambos nos constituyen. Eso, precisamente eso, es lo que nos hace resistir ante la vida.